

El análisis en la sociedad positiva: el caso de la transferencia de una no-relación

Impedimentos en la marcha del proceso han acompañado al psicoanálisis desde siempre. Son situaciones contrarias al proceso analítico que, a la postre, han contribuido a ampliar la comprensión del funcionamiento mental y abrieron las puertas al tratamiento de patologías cada vez más graves. Además del desafío que trajeron las estructuras no neuróticas, situadas en los bordes, nos enfrentamos hoy con personalidades que revelan serias fallas en la construcción de la subjetividad, pero que, al mostrarse aparentemente asintomáticas, acarrear complejidades que no se perciben transparentemente. Quisiera mencionar un caso específico de dificultad que compromete al tratamiento analítico, como es la escenificación en transferencia de una no-relación.

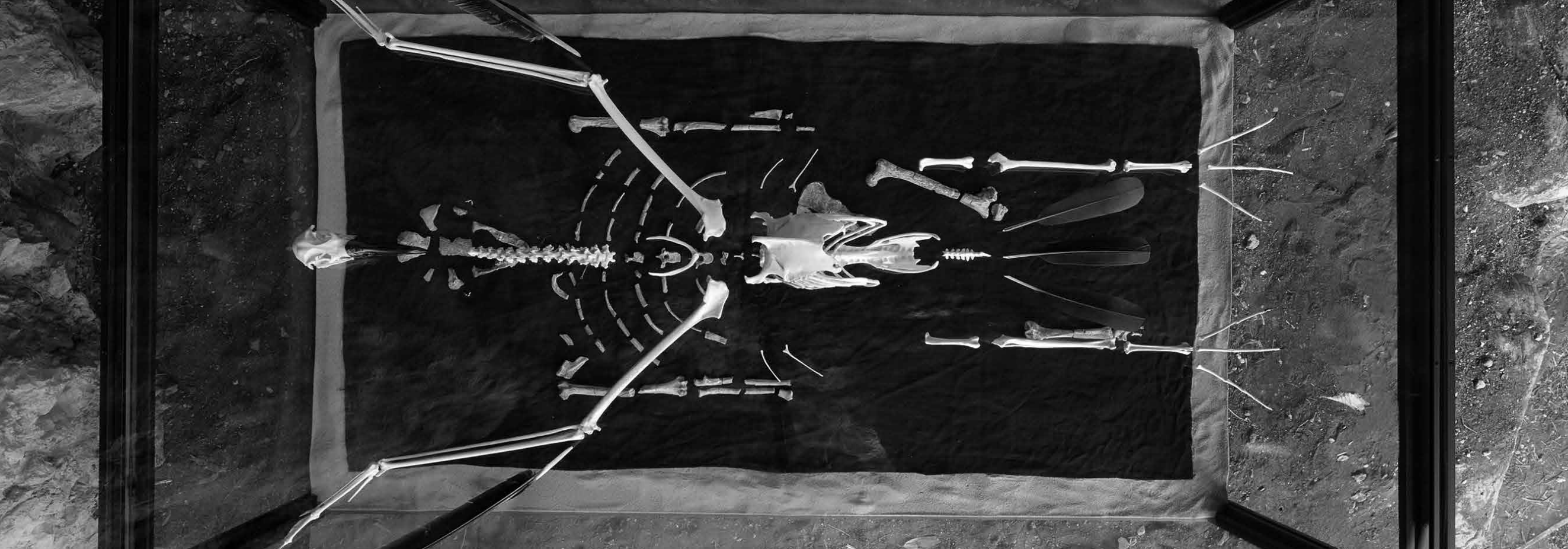
Primero debo subrayar que no es posible comprender la clínica actual sin atender las subjetividades en la vida social. Asistimos a una cultura que pretende consolidar una sociedad cada vez más positiva, en donde las personas solo sean “elementos funcionales de un sistema”, en palabras de Byung-Chul Han (2013); es decir, una constelación social que “somete todos sus procesos a una coacción de transparencia para hacerlos operacionales y acelerarlos”. Esta presión no ocurre sin su contraparte, “el desmontaje de la negatividad” (p. 12).

El horizonte que nos trae este filósofo sobre la actualidad contextualiza ciertas problemáticas por las que atraviesa la clínica cuando existe un aferramiento a la vida en positivo. Así, las personalidades que emergen de este con-

texto cultural podrían arribar a condiciones psicopatológicas por la pretensión de vivir al margen de procesos psíquicos que impliquen falta, ausencia, dolor. Ya en análisis, es esperable que produzcan comunicaciones que refuerzan lo positivo y evitan lo negativo, con el propósito de encubrir estas vivencias. El riesgo es que el análisis se desenvuelva atendiendo a estas comunicaciones pero absteniéndose de contemplar las formas silenciosas, opacas, potencialmente perniciosas. El resultado: un tratamiento inoperante en el que se banaliza el proceso por atender tibiamente lo que el “paciente trae”, sin acceder a lo verdaderamente significativo, lo que “no trae”, porque no existe aún como presencia.

El devenir banal del tratamiento podría vincularse, entonces, a esta cultura positiva infiltrada en el análisis. De esta manera, se acoplarían la laxitud del analista, en virtud de su propia adaptación a la cultura, y las defensas silenciosas del paciente. Un derrotero posible yace en la mutua complacencia: ambos no jugarían el juego del análisis sino otro muy distinto. Fue Winnicott —según Green (1990/2001, p. 134)— “el primero en denunciar la colusión entre paciente y analista”. Aquí, el lugar y el tiempo del análisis estarían fuera de la zona en la que se desarrolla el ser y el encuentro. Al no haber un adentramiento más allá de lo positivo, el análisis pierde su sentido original de búsqueda de significación inconsciente, de elaboración simbólica de la falta, y queda así sumido en el sinsentido.

* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.



Otro resultado que puede surgir de este acoplamiento nocivo es el foco del analista —y, por ende, también del paciente— en lo que el vínculo muestra directamente. Aquí, el analista podría interpretar cuán poco ayuda el paciente a su propio tratamiento, cuán indiferente es a las interpretaciones, o su incapacidad de recibir, entre otras cosas. Esta es una mirada que, por afincarse en lo que el paciente hace o dice, queda cerrada al acogimiento de nuevas formas de relacionamiento, que, en ocasiones, solo se expresan a través de la vivencia de una no-relación.

Con el propósito de ilustrar esta apreciación clínica, daré cuenta brevemente de un caso de supervisión en que la analista presenta una situación tan exasperada que llega al punto de querer abandonar el tratamiento. Refiere que la paciente la descalifica con su indiferencia, no muestra interés en su ayuda, trasmite un descreimiento ante cualquier posible progreso y hasta su actitud corporal revela un cierto desprecio por lo que acontece en el análisis. La analista reconoce que todo ello es muy sutil y

se encuentra matizado con eventuales comportamientos colaboradores, algo complacientes, que la confunden más, pues no puede interpretar sus actitudes como francos ataques a su función analítica. Por otro lado, ella se siente lejos de comprender a la paciente y termina por dudar de cualquier acercamiento que intente emprender. Así planteado, percibe que su experiencia analítica discurre como al interior de un vínculo que se halla más en el umbral de algo que existiendo plenamente.

Más allá de las múltiples consideraciones clínicas, lo que quisiera destacar aquí es que la perspectiva de la analista descansaba en la idea de que la paciente aún no lograba interactuar, confiar en ella, adentrarse en el trabajo analítico. Se sentía en el umbral de un análisis en el que solo ocurría el enfrentamiento pero no un proceso, básicamente en virtud de la actitud reacia de la paciente. Mi perspectiva frente a la situación fue otra. Consideré que sí se trataba de un proceso en marcha y que tanto la paciente como la analista estaban inmersas en un trabajo analítico, solo que este se iba des-

plegando en una dinámica transferencial particular. A través de esa actitud aparentemente oposicionista, la paciente en cada sesión (a las que, paradójicamente, asistía puntualmente) configuraba, una y otra vez, la repetición de un desencuentro. Hacía conocer así a su analista que la única relación posible para ella, o de la que se sentía merecedora, era —paradójicamente también— una no-relación. En esta circunstancia, la analista creía sentirse fuera de una situación de la que no solo era parte, sino que estaba en el núcleo transferencial de ella.

Una transferencia de la no-relación puede captarse a la luz de los planteamientos winnicottianos de la transferencia de la falla, de lo transicional —su aporte fundamental— y de la propuesta original de que “lo negativo era más real que lo positivo” (1953/1995, p. 42). Es decir, el camino que devino en el trabajo de lo negativo, que desarrollara Green al subrayar la

“investidura del aspecto negativo de las relaciones” (1983/1993, p. 146). Con estas herramientas se puede promover y reconocer la vivencia de un espacio-tiempo transicional en el que pueda desplegarse el trabajo de lo negativo, y así facilitar la generatividad en el vínculo y contrarrestar la presión social por lo positivo.

Referencias

- Byung-Chul, H. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Green, A. (1993). La angustia y el narcisismo. En A. Green, *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1983).
- Green, A. (2001). El silencio del analista. En A. Green, *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud: aspectos fundamentales de la locura privada*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1990).
- Winnicott, D. W. (1995). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1953).

The Theater of Disappearance, 2017
NEON Foundation at Athens National Observatory (NOA), Athens
Courtesy the artist, Marian Goodman Gallery, New York / Paris / London y
Kurimanzutto, Ciudad de México
Fotografía: Jörg Baumann